

¡No comprendo que ciertas gentes prefieran la cantidad á la calidad!

Yo cambiaría todos estos besos por uno solo muy largo; pero no está en mi mano elegir.

Puse la mejilla, la operación dió comienzo y la sufrí muy contenta. Al fin y al cabo los que me besan son jóvenes y bastante buenos mozos; no tengo razón ninguna para quedar descontenta.

Noto que Prades no se da mucha prisa. Tanto mejor, ¡no habrá nada que borre su beso!

Todos han pasado ya. Es el único que espera vez. ¡Acaso espere que se olviden de él!

—¡Eh, que os toca á vos!—le dijo la señora Vitel.

Se dirigió á mí, me cogió las manos, me atrajo hacia él y depositó dos sonoros besos en mis mejillas.

Bien poco fué; sin embargo, sentí un placer inmenso. Estoy pálida, el corazón se me salta del pecho; una especie de temblor recorre mi cuerpo. ¡Ah, qué tonta soy!

Henos ya en las Rocas Negras; nos deseamos una buena noche, nos separamos y cada cual se va á acostar.

¡Creéis que he podido dormir!

30 Agosto.

Diez días hace que no he tocado á estas Memorias. No me atrevía á confiar al papel las impresiones nuevas porque he pasado, la aventura terrible que ha trastornado mi vida, que me ha perdido... Pero me he jurado en mi interior no interrumpir jamás este trabajo, ser sincera conmigo misma, decir la verdad, toda la verdad.

Sin embargo, puedo decirlo todo; ¿me atreveré á decirlo, encontraré las palabras más convenientes para?... Veré si lo consigo.

XXXIV

Desde nuestro paseo nocturno á orillas del mar, se había operado en mí una completa metamorfosis. Comencé á considerar el amor de otro modo que antes. Las miradas cambiadas, los apretones de manos al llegar y al marcharse, las conversaciones á solas en un rincón del salón, no me parecían ya la última palabra de la dicha. Sentía que no era la misma de antes, y todos los antiguos recuerdos de mi vida errante, los secretos sor-

prendidos en los cuartos del hotel ó en los camarotes de los buques venían en tropel á mi mente, herían más vivamente mi imaginación, me perfeccionaban en cierto modo. Tenía un vago parecido con esos terrenos perfectamente desembrozados, bien preparados, pero improductivos porque no les da el sol. Se tiran las paredes que los tienen encerrados, luce el sol, y al momento todas las plantas brotan con fuerza de la tierra.

El sol había lucido para mí, la luz se había hecho: comprendía, veía, tenía intenciones de agradecersele á la señora Vitel, cuyas teorías sobre el amor habían hecho desaparecer mi recato. Tenía aspiraciones nuevas, deseos que no conocía antes. En una palabra, no me acordaba de la época en que decía modestamente: me basta verle, hablarle, oírle y amarle.

¿A qué causa atribuir ese cambio? No existía ninguna. La naturaleza hablaba, porque la hora de la elocuencia había sonado. Mi imaginación y mi corazón habían estado sometidos á un trabajo misterioso y latente que había preparado poco á poco el nacimiento del deseo de los sentidos, su dilatación. Mi temperamento linfático se modificaba por la fuerza de las cosas, y manifestaba tendencias á hacerse sanguíneo.

Creo, sin embargo, que la naturaleza había provocado esa revolución, sin la cual no hubiera yo pasado seguramente con tanta precipitación de mi quietud á esa eferescencia, del embotamiento en que estaba sumergida, á la exaltación que de mí se apoderó. Modesta en mis deseos y contenta con mi suerte á la vez, de repente, y como consecuencia de un paseo, me hice exigente, impetuosa, febril. ¿Qué accidentes ocurrieron en este paseo? ¡Aproximó Didier sus labios á mi cara y la rozaron! ¡Ese beso de encargo, dado en público, debió conmoverme mucho! ¡Sí, sin duda ninguna, lo confieso, pero no bastaba á esa metamorfosis! ¿Y los otros, los ocho ó nueve que precedieron al suyo, esos besos sin convicción, pero jóvenes y sonoros? No permanecí indiferente, y lo confieso ahora. ¡Me había encontrado tan pocas veces en un caso así! Sin embargo, tampoco fué eso.

Lo que me transformó, os lo voy á decir, ó más bien, me lo voy á decir: fué el haber visto á la señora Vitel en sus brazos, estrechándola contra su pecho, cubierta en cierto modo por su mirada. Ahora es cuando me doy cuenta de lo que en mí se produjo entonces. Instantáneamente desapareció mi personalidad, Carmen Lelievre se borró; me hice Lucrecia

Vitel. Viví con ella, sentí las emociones que ella debía sufrir, he sentido todas sus sensaciones. Mi pulso ha latido con más violencia, mi ser ha temblado bajo el suyo. Han sido los sentidos de la señora Vitel los que, por una especie de magnetismo, de corriente eléctrica, han pasado á mí. Yo estaba, como ella, en brazos de Didier, y... estoy aún.

Así es como el amor debe nacer, bajo la inspiración de los celos ó de la envidia. Esos dos sentimientos serán el móvil de mis acciones é inspirarán mi vida entera.

La señora Vitel habrá visto desde el primer día lo que pasaba en mi corazón, y hubiese querido hacerme hablar. Yo me he resistido, he guardado silencio, he tomado aires misteriosos. Pero ella, haciéndose la distraída, se sonreía. ¿No sabe que si los amores tranquilos y felices pueden ser discretos, el que sufre en silencio, el que lucha, tiene necesidad de confidente? Antes, con una noche pasada cerca de él era feliz aquella noche y el día siguiente; hoy, cuando me separo de él, me pongo febril, inquieta.

En fin, no puedo más, é incitada por la señora Vitel, voy á su confesonario.

Vuestras sospechas, me dijo después de escucharme religiosamente, no tienen razón de

ser. Os juro de nuevo que Prades no es nada mío, que no lo será nunca. Dejemos, pues, á un lado esos celos, puesto que vos misma me habéis confesado que ellos, en efecto, han sido la causa de la revelación espontánea de vuestros sentidos, como vos decís, y pasemos á otra cuestión importante. Estáis enamorada, y mucho, eso es evidente. Vuestro amor ha seguido el curso habitual; calmoso en su origen, tranquilo, reposado, es hoy ya ardiente y calenturiento, como todos los amores repentinos que se consumen en el vacío. Establecido ese punto, busquemos el remedio. Si os decidís á hacerme una confesión general, es porque queréis que os aconseje, ¿no es eso?

—Precisamente.

—He reflexionado acerca de vuestra situación, que conocía desde hace mucho tiempo, y estoy convencida de que no podemos hacer nada para cambiar este estado de cosas.

—¿No me amaré nunca?—pregunté.

—No lo bastante para casarse con vos. Os he prometido deciros la verdad, no os ofendáis. A pesar de la carrera que ha emprendido, conserva sus antiguas ideas, sus preocupaciones si queréis. Está siempre dominado por su educación primera, las costumbres de su infancia. El mejor día se casará con una mu-

jer pobre, pero que se relacione con la alta sociedad, á la que le llevan sus aficiones. Con Carmen Lelievre no se casará nunca.

—¡Y tendré que ser su querida!—tuve el atrevimiento de decir, —¡hará de mí su querida!

—No lo creo. Es demasiado formal, demasiado honrado para cometer una falta de ese género. Sin embargo...—añadió.

—Sin embargo, ¿qué?—pregunté yo.

Guardó silencio, reflexionó profundamente, y de repente me dijo:

—En fin ¿qué queréis?

—Mejor que yo sabéis lo que quiero.

—Estáis harta del amor etéreo, platónico pasivo. ¿Queréis?...

—Sí —exclamé interrumpiéndola; —tengo celos de vos, quiero que me tenga en sus brazos, como os ha tenido á vos.

—¿Y después?—me preguntó.

—¿Después?

—Sí, después si no os hace caso ó se aleja para siempre, ¿qué será de vos?

—Moriré, ya os lo he dicho, pero habré vivido.

—¿Queréis vivir á toda costa, aunque no sea más que un minuto?

—Sí, mil veces sí.

—Pues bien, haré que viváis... Pero con una condición.

—¿Cuál? La acepto desde luego.

—Que tengáis en mí una confianza ciega. Vacilé en responder.

—Lo veis—replicó,—sospecháis siempre de mí, no creeréis nunca en mi desinterés. Entonces no hago nada.

Tuve miedo. Algo me decía que dependía de ella, de ella sola.

—Juro—repliqué—tener en vos la confianza que exigís.

—¿No me preguntaréis nada? ¿No me pediréis cuenta de nada? ¿No extrañaréis ninguna de mis acciones?

—No.

—¡Tened cuidado, que os comprometéis á mucho!

—Lo sé, y me comprometo otra vez si queréis.

—Bueno. Confíad en mí y esperad.

Iba ya á despedirme, cuando me detuvo, y, por primera vez acaso, me habló con cierta emoción, casi se conmovió.

—Habéis puesto en otra ocasión vuestra suerte en mis manos—me dijo,—la ponéis una vez más. Como entonces, debo renovar mis consejos: Huid de Didier de Prades, os va á

hacer sufrir mucho. Arrojad de vuestro corazón esa pasión tan peligrosa. Puede, y así será, ejercer influencia decisiva en vuestra vida. Si en vez de ocuparme de vos solamente, pensase en mí, usaría otro lenguaje. Sois demasiado inteligente para no haber adivinado lo que quiero deciros: una mujer como yo tiene siempre interés en ver caer á otras mujeres. Por excepción, deseo con toda sinceridad impedir que vos seáis una de ellas; salvad un corazón que se pierde, os lo repito, marcháos, abandonad las Rocas Negras, no os detengáis por consideraciones pecuniarias; me pongo por completo á vuestra disposición.

La di las gracias, pero persistí en mis proyectos.

—Hasta la noche, pues—me dijo por conclusión.

XXXV

El calor era sofocante, el cielo tenía un color gris plomizo; la mar, tan sombría como el cielo, sin un rizo en su superficie; el aire estaba cargado de electricidad. La tempestad crecía á lo le-

jos desde por la mañana; á las tres creíamos que descargaría sobre Trouville y refrescaría la atmósfera; pero no fué así, siguió la costa y llegó hasta el Sena. En fin, á las seis, una nueva nube pasó por Puente del Obispo, atravesó el valle del Touque y se paró un instante sobre nosotros. Cayó un rayo en una casa de Deauville, rompió el palo mayor de un navío que estaba en el muelle, é hirió á un obrero que trabajaba en la calle de los Ecores. Pero no cayó ni una gota de agua, las nubes se habían amontonado sobre el mismo punto, el calor no había disminuído, corrientes eléctricas nos envolvían por todas partes.

Me acordaré siempre de aquel terrible día, aun cuando por otra parte debía quedárseme grabado en la memoria por motivos puramente personales.

A las ocho todos los íntimos de la señora Vitel estaban reunidos ya. Refirieron sus impresiones, empezando por decir:

—¿Han visto ustedes en el mar un tiempo como éste?

—Yo nunca.

—¿Y vos?

—Jamás.

—¡Tengo una jaqueca!...

—¿Quién no la tiene?

—¡Ah, si se me excitan los nervios esta noche!

—Pues yo estoy como vos, ¿pero por qué no lloverá para que estemos mejor? Carmen, vos que estáis tan bien con los elementos, ¡por favor, que caiga una gota de agua! ¡nada más que una gota!

—Señores, si cayese alguna, la guardaría para mí; no me encuentro en situación de ser generosa.

—Deberíamos—exclamó la señora Vitel—olvidar la tempestad, y combatir el calor con energía. Abramos las ventanas, establezcamos corrientes de aire, tomemos helados y armonos de abanicos; hay para todos. Y, señores, si tenéis reparo en hacer uso de ese utensilio femenino, abanicadme á mí y os haréis aire al mismo tiempo.

Se la obedeció, nos sentamos junto á las ventanas é hicimos gran consumo de bebidas heladas.

La señora Vitel estaba tendida en un canapé, en negligente postura. Pero todo estaba permitido aquella noche: ¡hacía tanto calor!

Jamás la he visto tan hermosa. Sus ojos tenían una brillantez extraordinaria; podía decirse que, asemejándose al cielo, despedían chispas eléctricas. Sus labios, cerrados muchas

veces á causa de las crispaciones nerviosas que la tempestad le causaba, tenían un color rojo encendido. Los entreabría para respirar mejor, y eso permitía vislumbrar unos pequeños dientes finos, blancos, acerados, deseosos de morder en aquellos momentos algo ó á alguien. Estaba descotada, muy descotada, pero... por causa del calor. El pedazo de tela que une el cuerpo del vestido es de tal manera estrecha y de un color tan claro y tan transparente, que parece que no hay separación alguna entre los brazos, desnudos, y los hombros.

Tiene en la mano un magnífico ramo de rosas, cogido en su posesión de los Grandes Bosques, y que su marido, para que le sea perdonada su ausencia, acaba de enviarla. Esas flores la comunican sin duda su frescura. Las aprieta amorosamente sobre su pecho y sus ojos, medio cerrados y su respiración sosegada, indican que goza de un gran bien.

¿Por qué semuestra tan coqueta? ¿Para quién querrá serlo? Ordinariamente con sus huéspedes, Lucrecia aparenta olvidar que es mujer. Los trata como amigos. Esta noche se hace abanicar por ellos y se ríe con sus galanterías. Felizmente Didier no está á su lado, pues si estuviera, me moriría de celos.

Está junto á mí. Pero, ¿qué tiene él también? ¿Es que la tempestad ejerce influencia sobre su naturaleza fría y reservada? Está muy sentimental. Con voz dulce me habla de su infancia, de su primera juventud pasada en Bretaña, en las Costas del Norte, en el mar. ¡Dios me perdone! Me va á hacer confidencias íntimas. Como todos esos señores, ha tomado por lo serio mi papel de buena persona, sin pretensiones. Se olvida de mi sexo; ¿acaso cree que no soy de ninguno? Sí: ya se ha disparado. Me habla, sin nombrarla, de una joven que fué vecina suya y al lado de la cual pasó los mejores días de su vida. Me hace su retrato. Tiene ojos azules y es rubia. ¡Cómo se complace en hablar de ella! Me pinta con una elocuencia, que desconocía en él, los lugares que habitaba: llega hasta á hacerme el retrato del tío de la señorita, un marqués viejo, engraido con su nobleza y lleno de preocupaciones. Me da cuenta de sus placeres campestres y marítimos; de los largos paseos que á caballo daba, acompañando á la señora de sus pensamientos; de sus visitas á las ruinas de una iglesia que por poco no los aplasta; de los baños de mar, que juntos tomaban los dos solos. ¡Y la mar no los ahogó! ¡Qué poco corazón tienen!

Parece que la quería, y no lo dudo; esos baños á solas debían producir ese resultado. Debieron haberse casado (eso sólo me faltaba); pero el tío se opuso al matrimonio; tuvo talento el viejo.

—¿Y qué sucedió?—pregunté como si me interesase mucho lo que me refería.

—Que se casó con otro.

—¡Ah, ingrata! ¿Y no la habéis vuelto á ver nunca?

—Jamás.

¡Qué suerte ha tenido! Por un poco no me voy á buscarla para arrancarla los ojos.

¿Por qué me contará todo eso? ¿Qué tiene? ¿Qué querrá? Parece como que evoca los recuerdos de su niñez para olvidar un pensamiento importuno, que se pone bajo su protección, que se coloca al abrigo de sus antiguos amores para huir de un peligro.

¿Qué peligro es ese?

La señora Vitel acaba de llamarle; parece no oírlo y continúa hablándome de Bretaña y de sus habitantes. Bien, bien; más quiero que haga eso que no que me deje. Habla de lo que quieras, háblame de ella, pero estate junto á mí, porque Lucrecia Vitel está bellísima esta noche.

Pero le envía á buscar; Didier hace un gesto

de desagrado, su frente se arruga, me parece verle palidecer. Sin embargo, se levanta y se dirige al canapé en que está tendida la dueña de la casa.

Estuve á punto de levantarme, sentarme junto á ellos é impedir la conversación íntima que iban á tener; la señora Vitel apercibió mi movimiento, lo adivinó y me hizo comprender con un gesto que debía estar en mi sitio.

Me acordé del juramento prestado y obedecí.

Acaso vaya á hablarle de mí, á defender mi causa, á ayudarme, como me lo ha prometido.

Por fin, los demás me rodean. ¿Habrán recibido orden de hacerlo así? ¿Habrá querido la señora Vitel procurarse aquella conversación íntima con Didier? Me llevaron junto á una ventana para hacerme ver los relámpagos que surcaban el cielo. ¡Qué me importaba á mí el cielo ni los relámpagos! La tempestad no crujía allí; estaba en mi cerebro, en mi corazón. Me obligaban á escuchar el trueno, cuyo ruido crecía sordamente á lo lejos. Me hablaban, me preguntaban, me tenían prisionera.

¡Si al menos pudiese verlos! Mis carceleros me lo impiden, me privan hasta de la vista.

¡Ah, un relámpago más intenso que los an-

teriores acaba de lucir! Dos de los que me cercan tienen miedo y se retiran de la ventana. El horizonte que tengo delante se ha ensanchado.

La señora Vitel está de pie frente á mí. Parece que su espalda está ardiendo como antes su pecho, porque las apoya contra la pared y parece que busca su frescura. Su talle erguido, su cabeza, que tiene echada hacia atrás, y su mirada, parece arrojar el guante á Didier, que está delante de ella.

¡Qué hermosa estaba en aquel momento! La odio, sí, pero no puedo por menos de admirarla.

¡Y él, él! Quedó otro sitio desocupado junto á mí, me incliné á un lado y le vi. ¡Ah, él la ama! estoy segura de ello.

Olvidando mi juramento, tuve intención de separarlos.

Fué inútil; todos los hombres que me rodeaban se dirigieron á mí para despedirse. La tempestad se acerca, la lluvia comienza á caer; les parece prudente irse á sus respectivos hoteles. Prades, aunque se quedaba en la casa, se vió obligado á despedirse también. Me pareció ver que Lucrecia había deslizado en sus manos una flor de su ramo.

Nos quedamos solas. Atraviesa el salón, me

saluda con la mano, y pasa sin decirme una palabra á otra habitación.

Yo entré también en la mía; pero me ahogaba, no podía estar allí. Además, mis ventanas dan al patio; no veo el mar, no veo la tempestad. Mi alma tiene sed, en este momento, de esos sublimes espectáculos.

Vuelvo al salón, en el que no hay luces, porque los criados las han apagado ya, me acerco á la ventana, y apoyando los codos en la balaustrada y la cabeza en las manos, miro delante de mí.

Al cabo de un instante oigo ruido. Se abre una puerta. Es la señora Vitel que sale de su cuarto.

No. La puerta que he sentido abrir da al corredor.

Alguien entra y anda. La cortina de la ventana está caída, no se me puede ver; retengo hasta la respiración.

Brilla otro relámpago. He conocido á Didier. ¿Dónde irá? Se acerca al cuarto de la señora Vitel. ¡Ah, los miserables se habían dado una cita!

XXXVI

La puerta por donde Prades trata de penetrar en el cuarto de la señora Vitel no se abre; está echado sin duda el pestillo. Pero Didier debe creerse autorizado á entrar en el santuario: se atreve á llamar para anunciar su presencia.

Detrás de la cortina, siempre silenciosa, espío todos sus movimientos.

Nadie responde á su primer llamamiento, y lo hace por segunda vez. El mismo silencio.

Esto está claro y comienzo á respirar. Si Prades me hace traición, ó para ser más justa, si falta á la confianza que en él he depositado, Lucrecia es fiel á sus promesas.

Didier se impacienta. Como lo había previsto, su natural calma en tiempo ordinario, despierta bruscamente al primer soplo de la pasión. Le han hecho esperar una entrevista íntima y no renuncia á ella. Por fin, del otro lado de la puerta oigo una voz.

—¿Quién hace ese ruido?—preguntó.

—Yo.

—¿Quién sois?

—Didier de Prades.

—¿Qué queréis?

—Hablaros un instante.

—¡A estas horas! ¿Estáis loco?

—Tal vez. Pero sois vos la causa de mi locura.

—Os ruego que os retiréis. Me comprometéis.

—Estamos solos; nadie nos puede ver.

—¿Y Carmen, que se acuesta frente á mí y á quien vais á despertar?

—Abrid y me callo.

—¿Qué, amenazáis?

—No, os amo.

Una carcajada ruidosa resonó. Prades, cada vez más agitado, empuja una y otra vez del tirador de la puerta y la mueve con violencia, creyendo que cedería á su empuje.

En una noche tranquila se hubiese oído en los cuartos inmediatos aquella discusión que pasaba á vías de hecho. Pero la tempestad sacudé todas las ventanas del hotel, y el estallido de los truenos apaga los demás ruidos.

Hubo un instante en que no tuve confianza en los cerrojos del hotel de las Rocas Negras, en que creí que la puerta cedía y me

puse pálida. Gracias á mi espionaje, me vería obligada á presenciar una violación de domicilio que no me causaría ningún placer. Pero calumiaba la obra de cerrajería del hotel; resistió todos los embates.

Entonces mi alegría estalló ruidosamente, retumbante, nerviosa sobre todo. Las muchas emociones sufridas en las primeras horas de la noche, que había conseguido neutralizar, me iban á hacer traición, el volcán que crecía sordamente iba á entrar en erupción. Mis nervios, contraídos desde por la mañana á causa de la tempestad, se soltaban de repente; y como Prades, sobreexcitado también por la resistencia que encuentra, sigue sacudiendo la puerta, aparto la cortina que me ocultaba hasta entonces, doy unos cuantos pasos por el salón y se me escapa una ruidosa carcajada.

Se vuelve, me adivina más bien que me ve, y acercándose á mí, me dijo:

—¿Qué queríais?

No le respondí; reía, y reía hasta destornillarme, hasta llorar. Era un ataque de nervios. Sufría horriblemente.

La señora Vitel, detrás de su muralla, me oyó, comprendió que venían en su socorro y abrió la puerta de la ciudadela. Raudales de luz salieron del cuarto donde, durante el

asalto, el sitiado había, por precaución, encendido las bujías para intimidar al enemigo si penetraba en él.

Acaso también, lo he pensado después, Lucrecia había previsto lo que iba á suceder, y, fiel al plan de campaña seguido por ella durante la noche, quería presentarse á la vista de Didier luciendo sus encantos.

Un gran peinador blanco cubre sus hombros y sus brazos, desnudos una hora antes. Pero, bajo la transparencia de la muselina, se adivina lo que no se ve. La imaginación, guiada por una semirealidad, forja formas esculturales, bellezas inmensas. Sus largos cabellos, que se destacan sobre su rostro, la sirven de cerco; en vez de dejárselos sueltos sobre la espalda, se los ha recogido en dos gruesas trenzas que, después de rodear su talle á derecha y á izquierda, se juntan y se anudan sobre su pecho. Sorprendida sin duda por los golpes que daban en su puerta, cuando se estaba desnudando para acostarse, no tuvo tiempo de ponerse las medias, y en sus babuchas, de raso negro, se veía palpar una carne de color de rosa, veteada de azul.

No se apartó de la puerta de su cuarto, abrió para ver y ser vista sobre todo, pero no defendió su entrada. De pie en el umbral, con la espalda apoyada en el dintel, la mano

pegada al muro y la cabeza descansando sobre la mano, mira á Didier y parece desafiarle. Sus ojos tienen siempre la expresión que me alarmó tanto; ojos lánguidos, cargados de electricidad. Después de un rato de silencio, sin cambiar de actitud, con voz tranquila y casi melodiosa, dejó oír estas palabras:

—¿Queríais hablarme? ¿Qué tenfais que decirme?

—¡Me habéis vuelto loco!—exclamó Prades.

—Me lo habéis dicho á través de la puerta, y os he oído, como vos debéis haber oído mi respuesta.

—Entonces, ¿por qué estáis jugando conmigo? ¿Por qué, toda esta noche, me habéis dado esperanzas? ¿Por qué aquellas miradas, aquellos apretones de mano, aquella coquetería?...

No pudo continuar, un trueno espantoso le interrumpió.

La tempestad estaba en toda su fuerza, los relámpagos iluminaban la estancia.

Por fin, Didier pudo hablar, y adelantándose hacia Lucrecia, la dijo:

—¡Ya sabéis que os amo!

—¡No es verdad!—le respondió.

Prades hizo un movimiento; Lucrecia se hizo atrás y cogió la puerta para cerrarla por si él se acercaba más.

Al mismo tiempo le indicó con la vista mi presencia allí, y dijo:

—Mirad que no estamos solos.

—Lo sé—dijo Didier con violencia,—pero tanto peor para esta señorita; su puesto no es éste.

—¡Y el vuestro sí!—exclamé yo.

No me oyó sin duda, y al notar que la señora Vitel, cada vez más apurada, estaba á punto de desaparecer, se lanzó hacia ella para detenerla.

Más ligera que él, se refugió en su cuarto antes de que llegase. Echó el pestillo y oí una nueva risotada, que tuvo su eco. Sufrí un nuevo ataque de nervios.

¡Qué pasó entonces! No le sé aún con certeza. Creo recordar que Prades, después de acercarse á mí, me cogió las manos y me suplicó que me callase.

No le obedecí, no podía obedecerle.

Aun le veo inclinarse hacia mí, mirándome. En esto cayó un rayo cerca de las Rocas Negras. Tuve miedo y me refugué en los brazos de Didier.

XXXVII

Cuando volví en mí, me hallé tendida en el sofá de mi cuarto. Didier, á unos cuantos pasos de mí, dormía en una butaca. La tempestad se había alejado, la lluvia torrencial que cayó refrescó un poco el tiempo. Por mi ventana, que había quedado abierta, percibí un cielo lleno de estrellas que empezaba á blanquear por Levante.

Mi espíritu estaba reposado, mi inteligencia lúcida. Todos los recuerdos de la noche anterior se presentaban claros y distintos sin esforzar mi memoria. Volví á ver á Lucrecia Vitel en su salón, cerca de sus huéspedes. Oía el trueno retumbar á lo lejos. Nos despedíamos unos de otros, las luces se apagaban, me acerqué á la ventana para respirar. De repente entró Didier y se dirigió hacia el cuarto de la señora Vitel. Lucrecia apareció soberbia y en desorden con su traje provocativo. Didier quiso arrojarle sobre ella, pero la puerta se cerró ante él, y á mí me acometió un ataque de nervios.

Le veía aún inclinado hacia mí mirándome. En aquel momento el rayo cayó cerca de nosotros: loca de terror me desmayé en los brazos de Prades. Eso era todo. No me acordaba de más. Lo adivinaba, ¡y cosa extraña! no experimentaba ninguna pena, ningún remordimiento. Por el contrario, en mis labios se dibujaba una sonrisa.

Los primeros albores del crepúsculo matutino penetraban en mi cuarto, quise aprovecharlos para contemplar á Didier. Me volví hacia él y llegué á distinguir su semblante.

¡Era mío, solo mío! Ninguna otra mujer podía verle y contemplarle. ¡Qué pureza de líneas, qué finura en sus facciones! ¡Su boca, cerrada, estaba maravillosamente dibujada! ¡Cuánto me gustaba el tono saliente y dulce á la vez de sus cabellos, de sus cejas, de sus largas pestañas, de su fino bigote rubio pálido, de la escuela veneciana, tan encomiada por la señora Vitell! ¡Sí, poseía todas las perfecciones tan generosamente otorgadas sin duda á quien había de ser mi dueño!

¡Lo había sido! ¡Ayer ocupaba un sitio en mi imaginación; hoy ya lo es todo!

Reconocí que la casualidad solamente nos había guiado en esta noche tempestuosa. Didier no había entrado en el salón por el deseo

de encontrarse conmigo; buscaba, llamaba á otra. Pero acabó por verse atraído hacia mí.

Veía aún sus ardientes ojos fijos en los míos. ¿Leía en mi corazón, y reconocido á mi amor, me dió el suyo? ¿Me le quitará? No, no será tan cruel.

Iba haciéndose de día, y aún estaba sumida en mi contemplación. ¡Ah! ¿Por qué no habré sabido arrancarme á ella? ¿Por qué no me he acordado de echar una ojeada sobre mi desgraciada persona? Si me hubiese acercado á un espejo, me hubiese dado cuenta de la transformación que se había operado en mí desde la víspera. Asustada de mi fealdad, hubiese huído sin ruido para aparecer por la noche, vestida, ataviada, pintada, como siempre me había visto.

Ocupándome de él, me olvidaba enteramente de mí. Olvidé las dos largas horas dedicadas á mi *toilette* el día antes, los ungüentos, los polvos, los cosméticos, los barnices que me había untado en la cara. ¡Desgraciada! Sin que te ocupes de ello, la pintura roja, blanca y negra, fundidas y deshechas por la transpiración, han cambiado de sitio y nadan mezcladas en confusión horrible sobre las mejillas y las sienes. Tu nariz, con vetas blancas, se ve que es excesivamente grande. El carmín de

los labios corre por tu barba angulosa y hundida, que tu velo, perdido durante la refriega, no puede ya disimular. En la raíz de tus cabellos se dibujan grandes manchas rojizas, especie de úlceras, que dejó la pomada epilatoria destinada á rebajar tu frente más de lo que es en sí. Tu corsé, entreabierto, deja ver cavidades donde debían verse bultos. Todo tu cuerpo está aplastado y no presenta más que una línea. Tu pierna huesosa cae sin gracia del sofá. ¡Ah, no eres nada bonita! Sin temor á que te desmientan, puedes decir que eres horrorosa.

En este estado, sin embargo, tuve la imprudencia de adormecerme.

El sol huía ya en el horizonte, entrando á raudales en mi cuarto, y me daba de lleno.

Cuando abrí los ojos, Didier estaba cerca de mí y me miraba.

Se despertó durante mi sueño, y recordando lo pasado, quiso contemplar á su esclava, como yo contemplé á mi señor.

Apenas me vió, dió dos pasos atrás haciendo un gesto de horror y de disgusto.

No exagero: tengo presente su mirada, y adiviné sus pensamientos. Al momento, maquinal, instintivamente, me llevé las manos á la cara.

Era muy tarde, el efecto ya estaba hecho.

Sin decir una palabra se alejó de mí y salió de mi cuarto.

.....

 No salí de él en todo el día; tuve y aún tengo remordimientos de haberle parecido fea, de no haber sabido separarme de él mientras dormía. Pensaría en mí con placer acaso, me vería como yo aparentaba ser, mientras que ahora me ve como soy. ¡Desgraciada! ¡Desgraciada! te has hundido para siempre por un momento de olvido. ¡Ah, si la señora Vitel lo supiese, cómo se reiría de ti! No se hubiese olvidado de sí hasta dejar de ser coqueta, y por contemplar al hombre amado no hubiera dejado de mirarse al espejo.

¡Ea, pues, ya soy tan perdida como ella! No tiene nada que envidiarme. ¡No me importaría si él me quisiese aún!

La hora en que empiezo á hacer mi *toilette* acababa de dar, y permanezco recostada en mi butaca. Iré de nuevo á perfumarme, á pintarme, á estucarme. Los cosméticos, los unguentos, los polvos, los untos me repugnan. No quiero servirme ya de ellos; los tiro lejos de mí.

Además, no iré á la reunión de la señora

Vitel; no me atrevo... tengo miedo de encontrarme con él.

Cuando llegue la noche, me echaré un manto sobre los hombros, me cubriré con un capuchón, bajaré con rapidez la escalera del hotel y me dirigiré á la playa. Durante dos horas marcharé por entre las rocas, testigos del paseo que pocas horas antes habían decidido mi suerte; volveré á ver el sitio donde me dió el primer beso. ¿No hubiese sido mejor que fuese el último?

Al entrar en las Rocas Negras vi á uno de los amigos de la señora Vitel. Traté de hair de él, pero no pude conseguirlo. Aproximóse á mí, y me preguntó por qué razón no se me había visto en la reunión. Respondí que la tempestad del día anterior me había puesto mala, y que no me había atrevido á ir. Iba á dejarme, pero no pude resistir al deseo de hacerle una pregunta.

—¿Se han divertido mucho?—le dije.—¿Ha habido música y canto?

—No—respondió alejándose.—Prades, lo mismo que vos, no asistió.

¡Tiene miedo de encontrarse conmigo! ¡No quiere verme más!

.....
El día de hoy lo pasé como el de ayer.

Iguales pensamientos, los mismos pesares, idénticos dolores, y por la noche el mismo paseo solitario. Supe también, como el día anterior, que Didier no había estado en casa de la señora Vitel. Esta, por discreción sin duda, no hizo tentativa alguna por verme; no llamó, como otras veces, á la puerta de mi cuarto; espera que necesite sus servicios. ¡Ya sabe que tarde ó temprano acudiré á ella!

¿Habrá visto á Didier secretamente? ¿Podría decirme ella lo que ocurre?

.....
.....

Esta mañana he visto y reconocido uno de los baúles de Prades, que llevaba el ómnibus del hotel hacia la estación. Qué, ¿se marchará sin decirme adiós? ¿Sin escribirme? ¿Lo ha olvidado todo?... Pero yo me acuerdo y quiero...

No puedo resistir más. Es preciso que vea á la señora Vitel; es necesario que la haga hablar. Ella también me hará hablar á mí, es verdad. ¡Qué importa! ¿No sabe demasiado lo que yo quisiera callar?

Entré en la galería del hotel y encontrando á Victoria, la pregunté si su señora podía recibirme. Respondió afirmativamente y me introdujo en el tocador, del que por la mañana

no sale la señora Vitel, y donde me enseñó el arte de embellecerse. ¡Adónde me ha conducido ese arte!

XXXVIII

Lucrecia Vitel me tendió la mano así que me vió. Yo la di la mía sin vacilar. ¿Qué razones, después de todo, tenía yo para no querer á mi protectora?

—Esperaba vuestra visita—me dijo.

—¿Por qué?—pregunté yo.

—Porque como yo, habréis sabido la marcha de Prades.

—¡Ah! ¿pensáis que?...—dije.

—Seguramente. Si me permitís—añadió la señora Vitel sonriéndose—desterraremos hoy de nuestra conversación, sin perjuicio de que los usemós otro día, los preliminares inútiles, las reticencias y los rodeos. Espero á una persona y tengo prisa.

—Podemos dejarlo para esta noche...

—No; es muy importante que hablemos ahora mismo. Entro, pues, en materia: ¿la

marcha de Prades os extraña y venís á preguntarme si sé la causa de ella?

—Sí.

—No sé nada, absolutamente nada; no he visto á Prades desde que cerré la puerta de mi cuarto en sus barbas. Si alguien pudiese darme noticias tuyas, seríais vos.

—¿Yo?—dije tratando de fingir asombro, á pesar de las exhortaciones precedentes.

—Sí, vos. Yo me he despedido de él algo bruscamente, es cierto, á las dos de la mañana, y Victoria, mi doncella, me ha asegurado que las seis de la mañana serían cuando se separaba de vos. Esa noticia hubiese bastado para enterarme de todo, si mi perspicacia no me lo hubiese hecho adivinar. Ahora, ¿queréis sentaros junto á mí, y hablaremos como dos buenas amigas? ¿No lo soy vuestra? ¿Tenéis algo que echarme en cara? ¿No he cumplido el trato que había hecho con vos?

—Entonces—exclamé—es á vos á quien debo...

Me detuve: estaba pálida y temblorosa. Lucrecia vió mi emoción, me cogió una mano y me dijo:

—Tranquilizáos, pobre enamorada. Me debéis algo, acaso, pero vuestro talento y vuestra inventiva han hecho lo demás.